

VINCULACIONES NAVALES ENTRE CHILE Y JAPON*

Francisco Ghisolfo Araya
Contraalmirante

*J*apón es un país marítimo por excelencia y ribereño del océano Pacífico, al igual que Chile. Al estar situados en cuadrantes diametralmente opuestos en este gran océano, nos separan 9.280 millas náuticas, medidas entre Valparaíso y Yokohama, sus principales puertos comerciales. Sin embargo, esto no ha sido obstáculo para que existan estrechas vinculaciones entre ambos países.

Esto no hace sino confirmar que el mar, a través de la Historia, ha evidenciado no ser una frontera, sino, por el contrario, un medio de comunicación fácil, el único capaz de unir a la Humanidad. Su influencia en la vida de los Estados es de gran importancia. Japón y Chile no han sido una excepción a esta aseveración.

Japón estuvo aislado del resto del Orbe por más de dos siglos y medio. Bajo

el reinado feudal de los Tokugawa vivió confinado en sus cuatro islas, sin ser perturbado por extranjeros. Al término del período Edo (1615-1867) se vieron sorprendidos con la llegada del Comodoro Perry, enviado especial del gobierno de Estados Unidos, quien apareció con cuatro buques en la bahía de Uraga, para pedir a Japón que abriera sus puertas al mundo.

Este hecho inesperado tomó de sorpresa a los gobernantes Tokugawa, que no supieron cómo reaccionar. Se produjo una tenaz confrontación entre la facción Sabaku, que apoyó la apertura al mundo exterior, y los realistas, que pidieron organizar una fuerza militar para repeler a los "bárbaros". La falta de acuerdo derivó en una guerra civil, en la que se impusieron los realistas encabezados por los clanes más poderosos del oeste, los Satsuma y los Choshu, que reemplazaron el régimen de los Tokugawa por el gobierno Meiji. Se

* Exposición efectuada por el Contraalmirante Sr. Francisco Ghisolfo Araya, el 27 de abril de 1983, en la Universidad de Santiago, con motivo de la inauguración de la Semana del Japón.

inaugura así la era más progresista del Japón, bajo el reinado de un joven emperador de 19 años que logra satisfacer los deseos de ambas facciones y los pacífica. En 1868, Japón volvió las espaldas a un sistema y a instituciones sociales y políticas anticuadas, para iniciar la tarea de modernizar el país.

El pueblo nipón volvió su mirada a Occidente, en busca de un modelo en el cual inspirarse. Ese hecho causó y sigue causando transformaciones que inciden sobre las tradiciones locales. No hay sector que haya permanecido al margen del proceso de occidentalización: desde el arte culinario, que incluye ahora numerosos platos de origen extranjero y generaliza el uso de cubiertos en lugar de los tradicionales palillos, a la lengua que adopta, día tras día, nuevos vocablos, sobre todo del inglés; de las artes figurativas, al cine y a la televisión, donde el arte dominante es el de Occidente; desde el modo de vestirse, al comportamiento en general.

Sin embargo, en Japón conviven hoy plenamente lo viejo y lo nuevo: las linternas de piedra con los brillantes anuncios de neón; el solemne repicar de las venerables campanas de los templos y el rugir de la moderna industria; la fragancia de los cerezos en flor y el humo espeso de las chimeneas de las fábricas; muchachas de kimono que aprenden el arte de servir el té y secretarias en traje occidental que manipulan computadoras. Los japoneses han mostrado una aptitud especial para la asimilación y la adaptación, y hoy Oriente y Occidente encuentran un punto de cita

en Japón, para fundirse allí en perfecta armonía.

Producir la transformación no fue tarea fácil. Es cierto que la autoridad del emperador en el gobierno Meiji fue absoluta. Se estableció el principio que el Ikigami, dios viviente, era el único gobernante en derecho de la nación, mientras se intentaba por todos los medios divinizar su autoridad. Recordemos que en Oriente, desde tiempos inmemoriales, ha existido la tradición de poner al supremo gobernante en un plano metafísico elevado, con objeto de que el pueblo pudiera ser gobernado por la autoridad mágica de un trono divinizado.

El concepto básico del gobierno Meiji no fue diferente. Enfrentado a las tareas de modernizar el país de la noche a la mañana y llevarlo a ser una potencia moderna, de acuerdo a las normas occidentales, el gobierno Meiji, refrendado por la autoridad imperial, estuvo en posición de ejercer el poder pleno y decidió que este objeto sólo podría alcanzarse mediante el reforzamiento del poderío militar. Por consiguiente, se adoptaron las medidas necesarias para lograrlo en forma rápida y eficaz. Ello llevó a Japón a chocar con otras potencias en el área.

En 1894 se comprometió en una guerra contra China y en 1904 luchó contra la Rusia zarista, que estaba presionando fuertemente para avanzar sus fronteras hacia el sur. En ambas guerras Japón resultó victorioso, pese a las predicciones de

las grandes potencias, logrando para sí la supremacía en Oriente, a pesar de ser geográficamente una nación insular de tamaño muy pequeño. Chile coadyuvó al triunfo japonés en la guerra ruso-japonesa, con la venta de una de sus naves de la Escuadra; el crucero *Esmeralda*.

Los primeros contactos entre Japón y los países de América Latina se remontan al siglo XVII, cuando aún éramos colonias de España y Portugal. Sin embargo, la relación real y duradera comenzó recién a partir de los vínculos diplomáticos establecidos durante la segunda mitad del siglo XIX, hace aproximadamente un siglo. Esto último en razón a la existencia de inmigrantes japoneses y sus descendientes, que llega actualmente al millón de personas, lo que ha ejercido una influencia decisiva en el entendimiento recíproco entre los países latinoamericanos y Japón.

En el caso particular de Chile, si bien es cierto que los contactos con Japón están dentro del contexto de toda Latinoamérica, la verdad es que los vínculos los inicia nuestra Marina Mercante, cuyas naves llegan al Lejano Oriente en los albores de nuestra vida independiente, estableciendo un comercio que se fortalece día a día desde el momento en que el Japón abrió sus puertos a las naves extranjeras.

Sin embargo, la vinculación naval de Chile con Japón toma cuerpo con la venta del crucero *Esmeralda*, al que ya me he referido, cuando se hizo inminente la guerra ruso-japonesa.

A fines del siglo pasado, durante el gobierno del Almirante don Jorge Montt, Chile decidió poner en venta dicho crucero, en razón a que Argentina negociaba con nuestro país la reducción del poder naval y la paridad entre nuestras Escuadras, cuyo acuerdo final se firmó en mayo de 1904. La nave, muy moderna y veloz para su época, interesó a Japón, que manejaba una difícil situación diplomática con Rusia que los llevó a la guerra, precisamente, ese mismo año. Sin embargo, la transferencia no podía hacerse en forma directa y ostentosa, porque nuestro país había asumido una actitud de respetuosa neutralidad.

Ante tal situación, la venta se hizo sin armamento, a través de Ecuador, actuando como intermediario la casa Morgan de Nueva York, con quienes los japoneses mantenían un encargo de compra de buques. El pago de 220.000 libras esterlinas lo hizo el banquero Rothschild, en nuestra legación de París, a nombre del gobierno de Ecuador.

El buque se hizo a la mar, con tripulación chilena, rumbo a la isla Chatham, del archipiélago de las Galápagos, destino señalado por el cónsul ecuatoriano en Valparaíso, don Luis Noguera. Allí lo recibió el Jefe Territorial, don Alejandro Ares-tizábal, quien dio cuenta del buen estado de la nave. El comandante chileno, don Emilio Garín, hizo entrega del mando a un oficial ecuatoriano y regresó al continente en un buque inglés, siguiendo luego el mismo camino la tripulación.

Chile no se ocupó más del buque.

Meses más tarde, un crucero con las mismas características del *Esmeralda* aparecía incorporado a la escuadra japonesa, con el nombre de *Itzumi*. Rusia formuló de inmediato una protesta contra Chile, por vender un buque a una potencia en guerra contra ella, y ante Ecuador, por haber prestado su bandera para cubrir la operación. A su vez, hubo protestas de la opinión pública en Ecuador, lo que precipitó la caída del gobierno del Presidente Cordero y resintió los lazos amistosos de Ecuador con Chile; también, la oposición balmacedista en nuestro país aprovechó la coyuntura para volcar a la prensa y a la opinión pública contra el gobierno del Presidente Montt.

Nuestros diplomáticos tuvieron que poner en juego toda su ciencia y su arte para dar satisfacciones a los gobiernos de Rusia y Ecuador. La verdad es que el asunto no rebasó nunca el nivel privado, aunque fuesen engañados algunos funcionarios del Estado; la investigación que realizó el Congreso del Ecuador dejó en claro que los gobiernos de Chile y Ecuador no tuvieron participación en el negocio.

El flamante crucero *Itzumi* tuvo una destacada actuación en la Armada Imperial del Japón, obteniendo varias citaciones meritorias. La más significativa fue su participación en la batalla de Tsushima, donde –actuando como explorador de la flota del Almirante Togo– tuvo el primer

contacto con la flota rusa del Almirante Rodjensvensky, contacto que mantuvo a pesar de las adversas condiciones para el buque; las oportunas informaciones proporcionadas en cuanto a rumbo, velocidad y conformación de la fuerza adversaria permitieron al Almirante Togo interceptarla y destruirla en el estrecho de Tsushima. Esta batalla, la más importante de la guerra ruso-japonesa, le dio a Japón el dominio del mar, le permitió enviar su Ejército al continente y vencer a la Rusia zarista.

Así, Japón no olvida la oportuna venta del crucero *Esmeralda*. Como testimonio de ello tenemos al buque oceanográfico *Itzumi*, donado a Chile por el gobierno de Japón, y el hecho –menos reciente– de que la Armada japonesa seleccionase partes del ex acorazado *Almirante Latorre*, vendido como chatarra a ese país, para la reconstrucción del acorazado *Mikasa*, buque insignia del Almirante Togo.

La Segunda Guerra Mundial, en la que Chile fue obligado a participar contra Japón por solidaridad con Estados Unidos, sólo suspendió momentáneamente el comercio y las buenas relaciones existentes. A modo de ejemplo: los señores Hattori y Kawasaki, Presidente y Vicepresidente de la Sociedad Nipo-Chilena en Tokio, siempre me hablaron del agradable “veraneo” que tuvieron en Chile cuando fueron confinados durante la guerra; por otra parte, la beligerancia no fue tal, al extremo de olvidarse los gobiernos de Chile y Japón de firmar la paz al término del conflicto, transcurriendo un largo tiempo antes de cumplir con esta formalidad.

Corresponde nuevamente a la *Esmeralda* –esta vez el velero escuela de nuestra Armada– reanudar las vinculaciones de Chile con Japón. En 1955 visita Yokohama; en 1966, Tokio; en 1970, Osaka; en 1972, Tokio, y en 1975, Tokio y Okinawa. Estuvo presente en las exposiciones internacionales de Osaka y Okinawa; en esta última como invitada de honor en la inauguración de Expo-75, que tuvo como tema central el mar. En esa oportunidad, junto a otros navíos japoneses amarrados al puerto artificial, sufrió los efectos de acciones extremistas de lugareños que protestaban por la presencia japonesa en Okinawa; ello, lejos de menoscabar la imagen de nuestro buque escuela o enturbiar las relaciones entre ambos pueblos y respectivos gobiernos, sirvió para fortalecerlas, dadas las muestras de afecto y solidaridad que recibieron nuestros compatriotas, y en especial el Guardiamarina herido, que recibió la más perfecta atención hasta su total recuperación y regreso a Chile.

La contribución del B.E. *Esmeralda* al fortalecimiento de las relaciones chileno-japonesas es innegable. La sobriedad de su casco blanco y verde y la majestuosidad de su velamen desplegado son ampliamente conocidos en Japón; ha sido fotografiada por millones de japoneses y fijada en la tela por numerosos artistas nipones, en escenas marineras que adornan muchos hogares japoneses. Con cuanta razón se dice que la Dama de Blanco es la mejor embajadora de nuestro país.

Las visitas de la *Esmeralda* a Japón han sido retribuidas en tres oportunidades

por el Escuadrón de Entrenamiento de las Fuerzas Marítimas de Autodefensa del Japón: en 1968, 1973 y 1982. La presencia de los pulcros navíos japoneses, en los cuales las cubiertas brillan como espejos, ha sido un ejemplo de la disciplina de sus dotaciones y de la eficiencia de sus mandos. La contribución a la amistad y entendimiento entre ambos pueblos es también extraordinariamente positiva.

Los viajes de una y otros incentivan el mutuo conocimiento, facilitan la comunicación y consolidan la amistad. La Asociación de Amigos de la “Esmeralda”, existente en Tokio, y el Grupo de Integrantes del Escuadrón de Entrenamiento, con sede en Yokosuka, en sus viajes a Chile, son ejemplos que debiéramos imitar. Sus reuniones periódicas, su presencia constante en las actividades chilenas en Japón y su buena predisposición para actuar de consuno con nuestra Embajada en Tokio, son reminiscencias permanentes de las visitas de estos buques. En un plano más formal, la presencia del busto de Arturo Prat en Etajima, cuna de la Armada del Japón, junto al de los Almirantes Togo y Nelson, y la presencia del busto del Almirante Togo en nuestra Escuela Naval en Valparaíso, son testimonios permanentes de la vinculación naval existente entre ambos países.

Hoy, con mucho agrado vemos que estas vinculaciones prosiguen. Este año nuevamente el B.E. *Esmeralda* viaja a Japón en su crucero anual de instrucción. Esta vez visitará Etajima, Osaka y Kobe, estos dos últimos puertos comerciales que

reciben permanentemente a los barcos de la Compañía Chilena de Navegación Interoceánica, y eventualmente de otras empresas navieras chilenas, que transportan en sus bodegas parte significativa del intercambio comercial entre nuestros dos

países, que alcanza en la actualidad a más de 670 millones de dólares anuales. Japón ocupa así el segundo lugar en el comercio exterior de Chile. Esta cifra, por sí sola, muestra la significación de la vinculación existente entre Chile y Japón.

